



Michael Hudson: El conflicto entre la Mayoría Global y la oligarquía EEUU-UE

MICHAEL HUDSON :: 24/07/2025

EEUU señala a China como un enemigo existencial de Occidente, no porque sea una amenaza militar, sino porque ofrece una alternativa económica exitosa al orden mundial neoliberal

El capitalismo industrial fue revolucionario en su lucha por liberar las economías y los parlamentos de Europa de los privilegios hereditarios y los intereses creados que sobrevivieron del feudalismo. Para hacer que sus manufacturas fueran competitivas en los mercados mundiales, los industriales necesitaban acabar con la renta de la tierra pagada a las aristocracias terratenientes de Europa, las rentas económicas extraídas por los monopolios comerciales y los intereses pagados a los banqueros que no desempeñaban ningún papel en la financiación de la industria.

Estos ingresos rentistas se suman a la estructura de precios de la economía, elevando el salario mínimo y otros gastos comerciales, lo que a su vez reduce las ganancias.

El siglo XX vio cómo el objetivo clásico de eliminar estas rentas económicas retrocedía en Europa, EEUU y otros países occidentales. Las rentas de la tierra y los recursos naturales en manos privadas siguen aumentando e incluso recibiendo ventajas fiscales especiales.

La infraestructura básica y otros monopolios naturales están siendo privatizados por el sector financiero, que es en gran parte responsable de desmantelar y desindustrializar las economías en nombre de sus clientes inmobiliarios y monopolísticos, quienes pagan la mayor parte de sus ingresos de alquiler como intereses a banqueros y tenedores de bonos.

Lo que ha sobrevivido de las políticas mediante las cuales las potencias industriales de Europa y EEUU construyeron su propia manufactura es el libre comercio.

Gran Bretaña implementó el libre comercio después de una lucha de treinta años en nombre de su industria contra la aristocracia terrateniente, con el objetivo de acabar con los aranceles agrícolas proteccionistas --las Leyes del Maíz-- promulgados en 1815 para evitar la apertura del mercado interno a las importaciones de alimentos a bajo precio, lo que habría reducido las rentas agrícolas.

Después de derogar estas leyes en 1846 para reducir el costo de vida, Gran Bretaña ofreció acuerdos de libre comercio a los países que buscaban acceso a su mercado a cambio de que estos países no protegieran su industria contra las exportaciones británicas. El objetivo era disuadir a los países menos industrializados de industrializar sus propias materias primas.

En tales países, los inversores extranjeros europeos buscaron comprar recursos naturales que generaran rentas, encabezados por derechos minerales y de tierra, e infraestructura básica, encabezados por ferrocarriles y canales. Esto creó un contraste diametral entre la

evitación de rentas en las naciones industriales y la búsqueda de rentas en sus colonias y otros países receptores, mientras que los banqueros europeos utilizaron el apalancamiento de la deuda para obtener el control fiscal de antiguas colonias que habían obtenido la independencia en los siglos XIX y XX.

Bajo presión para pagar las deudas externas que se acumularon para financiar sus déficits comerciales, intentos de desarrollo y una dependencia de la deuda cada vez mayor, los países deudores se vieron obligados a ceder el control fiscal de sus economías a los tenedores de bonos, bancos y gobiernos de las naciones acreedoras que los presionaban para privatizar sus monopolios de infraestructura básica. El efecto fue evitar que usaran los ingresos de sus recursos naturales para desarrollar una amplia base económica para un desarrollo próspero.

Así como Gran Bretaña, Francia y Alemania tuvieron como objetivo liberar sus economías del legado del feudalismo de los intereses creados con privilegios de extracción de rentas, la mayoría de los países del Sur Global de hoy necesitan liberarse de la carga de las rentas y la deuda heredada del colonialismo europeo y el control de los acreedores.

Para la década de 1950, a estos países se les llamaba «subdesarrollados» o, aún más condescendentemente, «en desarrollo». Pero la combinación de deuda externa y libre comercio les ha impedido desarrollarse en las líneas equilibradas público/privadas que siguieron Europa Occidental y EEUU.

La política fiscal y otras legislaciones de estos países han sido moldeadas por la presión de EEUU y Europa para observar las reglas internacionales de comercio e inversión que perpetúan la dominación geopolítica de los banqueros occidentales y los inversores extractores de rentas para controlar su patrimonio nacional.

El eufemismo «economía anfitriona» es apropiado para estos países porque la penetración económica occidental en ellos se asemeja a un parásito biológico que se alimenta de su anfitrión. Buscando mantener esta relación, los gobiernos de EEUU y Europa están bloqueando los intentos de estos países de seguir el camino que las naciones industriales de Europa y EEUU tomaron para sus propias economías con sus reformas políticas y fiscales del siglo XIX que impulsaron su propio despegue.

Sin que estos países adopten reformas fiscales y políticas destinadas a desarrollar su propia soberanía y perspectivas de crecimiento sobre la base de su propio patrimonio nacional de tierra, recursos naturales e infraestructura básica, la economía mundial seguirá bifurcada entre las naciones rentistas occidentales y sus anfitriones del Sur Global, y sujeta a la ortodoxia neoliberal.

El éxito del modelo de China representa una amenaza para el orden neoliberal

Cuando los líderes políticos de EEUU señalan a China como un enemigo existencial de Occidente, no es porque sea una amenaza militar, sino porque ofrece una alternativa económica exitosa al orden mundial neoliberal patrocinado por EEUU. Se suponía que ese orden representaba el Fin de la Historia, teniendo éxito a través de su lógica de libre comercio, desregulación gubernamental e inversión internacional libre de controles de

capital, mientras desarmaba las políticas anti-rentistas del capitalismo industrial.

Ahora podemos ver el absurdo de esta visión evangélica auto-satisfactoria que ha surgido justo cuando las economías occidentales se están desindustrializando como resultado de la dinámica de su capitalismo financiero neoliberal. Los intereses financieros creados y otros intereses rentistas están rechazando no solo a China, sino también a la lógica del capitalismo industrial tal como la describieron sus propios economistas clásicos del siglo XIX.

Los observadores neoliberales occidentales han hecho la vista gorda al reconocer las formas que el «socialismo con características chinas» ha logrado su éxito mediante una lógica similar a la del capitalismo industrial defendido por los economistas clásicos para minimizar los ingresos de los rentistas.

La mayoría de los escritores económicos de finales del siglo XIX esperaban que el capitalismo industrial evolucionara hacia una u otra forma de socialismo a medida que aumentara el papel de la inversión pública y la regulación.

Liberar a las economías y a sus gobiernos del control de los terratenientes y los acreedores era el denominador común del socialismo socialdemócrata de John Stuart Mill, el socialismo libertario de Henry George centrado en el impuesto sobre la tierra, y el socialismo cooperativo de ayuda mutua de Peter Kropotkin, así como el marxismo.

Donde China ha ido más allá de las reformas de la economía mixta socialistas anteriores ha sido al mantener la creación de dinero y crédito en manos del gobierno, junto con la infraestructura básica y los recursos naturales. El temor de que otros gobiernos puedan seguir el ejemplo chino ha llevado a los ideólogos del capital financiero de EEUU (y de otros países occidentales) a ver a China como una amenaza al proporcionar un modelo para reformas económicas que son precisamente lo contrario de lo que combatió la ideología pro-rentista y anti-gubernamental de la segunda mitad del siglo XX.

La carga de la deuda externa adeudada a acreedores estadounidenses y de otros países occidentales, y posibilitada por las reglas geopolíticas internacionales de 1945-2025 diseñadas por diplomáticos estadounidenses en Bretton Woods en 1944, obliga a los países del Sur Global y a otros países a recuperar su soberanía económica liberándose de su carga bancaria y financiera extranjera (principalmente dolarizada).

Estos países tienen el mismo problema de la renta de la tierra que enfrentó el capitalismo industrial europeo, pero sus rentas de la tierra y los recursos son propiedad principalmente de empresas multinacionales, latifundios y otros apropiadores extranjeros de sus derechos petroleros y minerales, bosques y plantaciones que extraen rentas vaciando los recursos de petróleo y minerales del mundo y talando sus bosques.

Gravar la renta económica es una condición previa para la soberanía económica

Una condición previa para que los países del Sur Global obtengan autonomía económica es seguir el consejo de los economistas clásicos y gravar las fuentes de ingresos por renta -- renta de la tierra, renta monopolística y rendimientos financieros-- en lugar de permitir que

se envíen al extranjero.

Gravar estas rentas ayudaría a estabilizar su balanza de pagos al tiempo que proporcionaría a sus gobiernos ingresos para financiar sus necesidades de infraestructura y el gasto social necesario para subsidiar su modernización económica. Así es como Gran Bretaña, Francia, Alemania y EEUU establecieron su propia supremacía industrial, agrícola y financiera. Esta no es una política socialista radical. Siempre ha sido un elemento central del desarrollo capitalista industrial.

Recuperar las rentas de la tierra y los recursos naturales de un país como su base fiscal le permitiría evitar gravar la mano de obra y la industria. Un país no necesitaría nacionalizar formalmente su tierra y sus recursos naturales por completo. Simplemente necesita gravar la renta económica por encima de las «ganancias obtenidas» reales, para citar el principio de Adam Smith y sus sucesores del siglo XIX de que esta renta es la base imponible natural. Pero la ideología neoliberal llama a tal tributación de la renta, y a la regulación de monopolios u otros fenómenos de mercado, una interferencia intrusiva en el «mercado libre».

Esta defensa de la renta invierte la definición clásica de mercado libre. Los economistas clásicos definieron un mercado libre como un mercado libre de renta económica, no como uno libre para la extracción de renta económica, y mucho menos como libertad para que los gobiernos de las naciones acreedoras creen un «orden basado en reglas» para facilitar la extracción de renta extranjera y sofocar el desarrollo de países anfitriones dependientes financiera y comercialmente.

La remisión de la deuda es condición previa para la soberanía económica

La lucha de los países por liberarse de su carga de deuda externa es mucho más difícil que la lucha de Europa en el siglo XIX para acabar con los privilegios de su aristocracia terrateniente (y con menos éxito, de sus banqueros), porque es de alcance internacional y ahora se enfrenta a una alianza de naciones acreedoras para mantener el sistema de colonización financiera creado hace dos siglos cuando las antiguas colonias buscaron financiar su independencia pidiendo prestado a banqueros extranjeros.

A partir de la década de 1820, los países recién independizados, desde Haití, México y América Latina hasta Grecia, Túnez, Egipto y otras antiguas colonias otomanas, obtuvieron una libertad política nominal del control colonialista. Pero para construir su propia industria tuvieron que contraer deuda externa, la que casi inmediatamente incumplieron, lo que permitió a sus acreedores establecer autoridades monetarias a cargo de su política fiscal.

Los gobiernos de estos países se convirtieron en agentes de cobro para los banqueros internacionales a finales del siglo XIX. La dependencia financiera de banqueros y tenedores de bonos reemplazó la dependencia colonial, obligando a los países deudores a dar prioridad fiscal a los acreedores extranjeros.

La II Guerra Mundial permitió a muchos de estos países acumular reservas monetarias extranjeras sustanciales como resultado del suministro de materias primas a los beligerantes. Pero el orden de posguerra diseñado por diplomáticos estadounidenses basado

en el libre comercio y los movimientos de capital libres agotó estos ahorros y obligó al Sur Global y a otros países a pedir prestado para cubrir sus déficits comerciales.

Las deudas externas resultantes pronto superaron la capacidad de pago de estos países, es decir, de pagar sin ceder a las destructivas demandas de austeridad del FMI que bloqueaban la inversión necesaria para aumentar su productividad y niveles de vida. No había forma de que pudieran satisfacer sus propias necesidades de desarrollo para invertir en infraestructura básica y proporcionar subsidios industriales y agrícolas, educación y atención médica públicas, y otros gastos sociales básicos como los que caracterizaban a las principales naciones industriales. Esto sigue siendo así.

Su elección hoy, por lo tanto, es entre pagar sus deudas externas --a costa de bloquear su propio desarrollo-- o afirmar que estas deudas son odiosas e insistir en que se cancelen. La cuestión es si los países deudores obtendrán la soberanía que se supone que caracteriza a una economía internacional de iguales, libre del control postcolonial extranjero sobre sus políticas fiscales y comerciales, así como sobre su patrimonio nacional.

Su autodeterminación sólo puede lograrse uniéndose en un frente colectivo. La agresión arancelaria de Trump ha catalizado este proceso al reducir drásticamente el mercado estadounidense para las exportaciones de los países deudores, impidiéndoles obtener los dólares para pagar sus bonos y deudas bancarias, por lo que estas no se pagarán en ningún caso. El mundo ahora está ocupado desdolarizándose.

La necesidad de crear una alternativa al orden de posguerra centrado en EEUU se expresó en 1955 en la Conferencia de Bandung de Países No Alineados, en Indonesia. Pero carecían de una masa crítica de autosuficiencia entre ellos para actuar juntos. Los intentos de crear un Nuevo Orden Económico Internacional en la década de 1960 enfrentaron el mismo problema. Los países no eran lo suficientemente fuertes industrial, agrícola o financieramente como para «actuar solos».

La actual crisis de deuda occidental, la desindustrialización y la militarización coercitiva del comercio exterior y las sanciones financieras bajo el sistema financiero internacional dolarizado, rematadas por la política arancelaria de «[Norte]América Primero», han creado una necesidad urgente de que los países busquen colectivamente la soberanía económica para independizarse del control de EEUU y de Europa sobre la economía internacional. Los BRICS+ colectivos, con Rusia y China a la cabeza, acaban de empezar a hablar de hacer tal intento.

El éxito de China ha hecho posible una alternativa global

El gran catalizador para que los países tomen el control de su desarrollo nacional ha sido China. Como se indicó anteriormente, su socialismo industrial ha logrado en gran medida el objetivo clásico del capitalismo industrial de minimizar la carga rentista, sobre todo mediante la creación pública de dinero para financiar el crecimiento tangible.

Mantener la creación de dinero y crédito en manos del Estado a través del Banco Popular de China evita que los intereses financieros y otros intereses rentistas se apoderen de la economía y la sometan a la carga financiera que ha caracterizado a las economías

occidentales.

La exitosa alternativa de China para asignar crédito evita obtener ganancias puramente financieras a expensas de la formación de capital tangible y de los niveles de vida. Por eso se la considera una amenaza existencial para el modelo bancario occidental actual.

Los sistemas financieros occidentales están supervisados por bancos centrales que se han independizado del Tesoro y de la «interferencia» reguladora gubernamental. Su función es proporcionar la liquidez del sistema bancario comercial a medida que crea deuda con intereses, principalmente con el propósito de generar riqueza financieramente mediante el apalancamiento de la deuda (inflación de precios de activos), no para la formación de capital productivo.

Las ganancias de capital --el aumento de los precios de la vivienda y otros bienes inmuebles, acciones y bonos-- son mucho mayores que el crecimiento del PIB. Se pueden obtener fácil y rápidamente mediante la creación de más crédito por parte de los bancos para aumentar los precios para los compradores de estos activos. En lugar de que el sistema financiero se industrialice, las corporaciones industriales occidentales se han financiarizado, y eso ha ocurrido en niveles que han desindustrializado las economías de EEUU y Europa.

La riqueza financiarizada se puede generar sin ser parte del proceso de producción. Los intereses, los recargos por mora, otras tarifas financieras y las ganancias de capital no son un «producto», sin embargo, se cuentan como tales en las estadísticas del PIB actual.

Los cargos de acarreo de la creciente carga de la deuda son pagos de transferencia al sector financiero, por parte de la mano de obra y las empresas, de los salarios y ganancias obtenidos por la producción real. Eso reduce el ingreso disponible para gastar en los productos producidos por la mano de obra y el capital, dejando a las economías endeudadas y desindustrializadas.

La estrategia de las naciones acreedoras-rentistas para evitar su control global

La estrategia más amplia para evitar que los países eludan la carga rentista ha sido librar una campaña ideológica desde el sistema educativo hasta los medios de comunicación. El objetivo es controlar la narrativa de una manera que represente al gobierno como un Leviatán opresivo, una autocracia inherentemente burocrática.

La «democracia» occidental se define no tanto política como económicamente, como un mercado libre cuyos recursos son asignados por un sector bancario y financiero independiente de la supervisión reguladora.

Los gobiernos lo suficientemente fuertes como para limitar la riqueza financiera y otras riquezas rentistas en el interés público son demonizados como autocracias o «economías planificadas», como si el cambio de la asignación de crédito y recursos a los centros financieros de Wall Street, Londres, París y Tokio no resultará en una economía planificada por el sector financiero en su propio interés, con el objetivo de crear fortunas monetarias; su objetivo no es mejorar la economía general y los niveles de vida.

Funcionarios y administradores del Sur Global que han estudiado economía en universidades de EEUU y Europa han sido adoctrinados con una ideología pro-rentista sin valores para enmarcar la forma en que piensan sobre cómo funcionan las economías.

Esta narrativa excluye la consideración de cómo la deuda polariza las economías al crecer exponencialmente mediante el interés compuesto. También se excluye de la lógica económica dominante el contraste clásico entre crédito e inversión productivos e improductivos, y la distinción relacionada entre ingresos devengados (salarios y ganancias, los principales componentes del valor) e ingresos no devengados (renta económica).

Más allá de esta campaña ideológica, la diplomacia neoliberal utiliza la fuerza militar, el cambio de régimen y el control de las principales burocracias internacionales asociadas con las Naciones Unidas, el FMI y el Banco Mundial (y una red más encubierta de ONGs) para impedir que los países se retiren de las actuales reglas fiscales pro-rentistas y las leyes pro-acreedores. EEUU ha tomado la delantera en el uso de la fuerza y el cambio de régimen contra gobiernos que gravarían o limitarían de otra manera la extracción de rentas.

Cabe señalar que ningún socialista temprano (excepto los anarquistas) abogó por la violencia en la búsqueda de sus reformas. Han sido los intereses creados, que no están dispuestos a aceptar la pérdida de los privilegios que son la base de sus fortunas, quienes no han dudado en usar la violencia para defender su riqueza y poder contra los intentos de reforma para controlar sus privilegios.

Para ser soberanas, las naciones deben crear una alternativa que les permita estar a cargo de su propio desarrollo económico, monetario y político. Pero la diplomacia estadounidense ve cualquier intento de promulgar estas reformas políticas y fiscales necesarias y una fuerte autoridad reguladora gubernamental como una amenaza existencial para el control de EEUU sobre las finanzas y el comercio internacionales.

Esto plantea la cuestión de si es posible lograr reformas y una economía pública fuerte sin guerra. Es natural que los países se pregunten si pueden lograr la soberanía económica sin una revolución como la que lucharon la Unión Soviética, China y otros países para poner fin a su dominación por parte de sus terratenientes y acreedores apoyados por el extranjero.

La única forma de proteger la soberanía económica contra las amenazas militares es unirse a una alianza de apoyo mutuo, ya que los países individuales pueden ser aislados como Cuba, Venezuela e Irán, o destruidos como Libia. Como dijo Benjamin Franklin: «Si no nos mantenemos unidos, seremos ahorcados por separado».

Los autores estadounidenses caracterizan el intento de otros países de unirse para lograr la soberanía económica como una guerra civilizatoria. Si bien esto es de hecho una contienda civilizatoria, son EEUU y sus aliados quienes están usando la agresión, contra países que intentan retirarse de un sistema que ha proporcionado a EEUU y Europa una enorme afluencia de rentas económicas y servicios de la deuda de países sujetos a la diplomacia respaldada por EEUU.

Cómo el colonialismo financiero centrado en EEUU reemplazó la ocupación colonial europea

Después de la II Guerra Mundial, la era del colonialismo de estados colonizadores dio paso al colonialismo financiero, con la economía internacional dolarizada bajo el liderazgo de EEUU. Las reglas de Bretton Woods establecidas en 1945 permitieron a las corporaciones multinacionales mantener las rentas económicas de la tierra, los recursos naturales y la infraestructura pública fuera del alcance del control fiscal interno.

Los gobiernos se redujeron al papel de actuar como agentes de cobro para los acreedores extranjeros y como protectores de los inversores extranjeros contra los intentos democráticos de gravar la riqueza rentista.

EEUU pudo armar el comercio mundial monopolizando las exportaciones de petróleo a través de compañías petroleras estadounidenses y aliadas (las Siete Hermanas), mientras que el proteccionismo agrícola estadounidense y europeo y la política de «ayuda» del Banco Mundial orientaron a los países con déficit alimentario a centrarse en cultivos de plantación tropical en lugar de grano para alimentarse.

El acuerdo de libre comercio del TLCAN de 1994 de Clinton con México inundó su mercado con exportaciones agrícolas estadounidenses de bajo precio (altamente subsidiadas por un fuerte apoyo gubernamental). La producción de grano mexicana se desplomó, dejándola dependiente de los alimentos importados.

Para impedir que los gobiernos graven o incluso multen a los inversores extranjeros para recuperar compensaciones por daños a sus países, las potencias rentistas de hoy han creado tribunales de Resolución de Disputas entre Inversores y Estados (ISDS) que exigen a los gobiernos compensar a los inversores extranjeros por aumentar los impuestos o imponer regulaciones que reduzcan los ingresos de propiedad extranjera. [1]

Esto bloquea la soberanía nacional, incluso al impedir que los países anfitriones graven la renta económica de su tierra y recursos naturales propiedad de extranjeros. El efecto es hacer que estos recursos formen parte de la economía de la nación inversora, no de la suya propia. [2]

Otras naciones permitieron que EEUU dictara el orden posterior a la II Guerra Mundial, prometiendo una ayuda generosa para apoyar el libre comercio, la paz y la soberanía nacional poscolonial, como se establece en la Carta de las Naciones Unidas. Pero EEUU derrochó su riqueza en gastos militares en el extranjero y en la adicción a la riqueza financiera en casa. Eso ha dejado el poder postindustrial de EEUU basado principalmente en su capacidad para dañar a otros países con el caos si no aceptan el «orden basado en reglas» de EEUU diseñado para extraer tributos de ellos.

EEUU impone aranceles proteccionistas y cuotas de importación a voluntad, y subsidia la agricultura y las tecnologías clave como posibles monopolios globales de alta tecnología, mientras prohíbe a otros países implementar tales políticas «socialistas» o «autocráticas» para volverse más competitivos. El resultado es un doble rasero en el que el «orden basado en reglas» de EEUU (sus propias reglas) reemplaza la adhesión al derecho internacional.

La política de apoyo a los precios agrícolas de EEUU, iniciada bajo Franklin Roosevelt en la década de 1930, proporciona un buen ejemplo de los dobles raseros de EEUU. Hizo de la

agricultura el sector más fuertemente subsidiado y protegido. Se convirtió en el modelo para la Política Agrícola Común (PAC) de la Comunidad Económica Europea, introducida en 1962.

Pero la diplomacia estadounidense se opone a los intentos de otros países, especialmente los del Sur Global, de imponer sus propios subsidios proteccionistas y cuotas de importación destinados a lograr la autosuficiencia en la producción básica de alimentos, mientras que los «préstamos de ayuda» de EEUU y el Banco Mundial (como se indicó anteriormente) han apoyado la exportación de cultivos de plantación tropical por parte de los países del Sur Global, pidiendo préstamos para el desarrollo de transporte y puertos. La política de EEUU se ha opuesto constantemente a la agricultura familiar y a la reforma agraria en toda América Latina y otros países del Sur Global, a menudo con violencia.

Avances hacia un Orden Mundial Multipolar

No es sorprendente que, dado que Rusia ha sido durante mucho tiempo el principal adversario militar de EEUU, haya tomado la iniciativa en la protesta contra el orden unipolar estadounidense. Abogando por una alternativa multipolar al orden neoliberal de EEUU, en junio de 2025 el ministro de Asuntos Exteriores, Serguéi Lavrov, describió la subyugación económica poscolonial de los países que lograron la independencia política del dominio colonial en los siglos XIX y XX, pero que ahora se enfrentan a la siguiente tarea necesaria para completar su liberación.

Nuestros amigos africanos están prestando cada vez más atención al hecho de que todas sus economías siguen basándose en gran medida en la extracción de recursos naturales de estos países. De hecho, todo el valor añadido es producido y embolsado por las antiguas metrópolis occidentales y otros miembros de la Unión Europea y la OTAN.

Occidente está utilizando sanciones unilaterales ilegales, que cada vez se convierten más en el presagio de un ataque militar, como ha sucedido en Yugoslavia, Irak y Libia y ahora está sucediendo en Irán, así como los instrumentos de competencia desleal, iniciando guerras arancelarias, apoderándose de los activos soberanos de otros países y aprovechando el papel de sus monedas y sistemas de pago. Occidente mismo ha enterrado el modelo de globalización, que desarrolló después de la Guerra Fría para promover sus intereses. [3]

Marco Rubio hizo la misma observación en las audiencias del Senado de EEUU para confirmarlo como Secretario de Estado de Trump, explicando que «el orden global de la posguerra no solo está obsoleto, sino que ahora se está utilizando en nuestra contra». [4]

Violando las reglas del comercio e inversión extranjera que EEUU mismo dictó en 1945, los aranceles unilaterales de Trump apuntaron tanto a trasladar los costos militares de la nueva Guerra Fría a otros países, de quienes se espera que compren armas estadounidenses y proporcionen ejércitos proxy, como a revivir el poder industrial perdido de América

forzando a los países a reubicar industrias en EEUU y a permitir que las compañías estadounidenses extraigan rentas monopolísticas controlando las principales tecnologías emergentes.

EEUU tiene como objetivo imponer derechos de monopolio y privilegios rentistas relacionados, únicamente favorables a sí mismo, sobre el comercio y la inversión de todo el mundo. La diplomacia «EEUU Primero» de Trump exige que otros países realicen sus relaciones comerciales, de pagos y de deuda en dólares estadounidenses en lugar de sus propias monedas.

La «regla de la ley» de EEUU es una que permite imponer unilateralmente sanciones comerciales y financieras que dictan cómo y con quién pueden comerciar e invertir los países extranjeros. Se les amenaza con el caos económico y la confiscación de sus reservas en dólares si no boicotean las relaciones comerciales y de inversión con Rusia, China, Irán y otros países que se niegan a someterse al control de EEUU

La capacidad de EEUU para obtener estas concesiones extranjeras ya no es el liderazgo industrial y la fortaleza financiera, sino su capacidad para causar caos a otros países. Afirmando ser la nación indispensable, la capacidad de EEUU para perturbar el comercio está acabando con su antiguo poder monetario y diplomático internacional.

Ese poder se basó originalmente en sus tenencias de las reservas de oro monetarias más grandes del mundo en 1945, su estatus como la nación acreedora y la economía industrial más grande, y después de 1971 su hegemonía del dólar, que surgió en gran parte como resultado de que su mercado financiero fuera el más seguro para que otras naciones mantuvieran sus reservas monetarias oficiales.

La inercia diplomática creada por estas ventajas anteriores ya no refleja las realidades de 2025. Lo que sí tienen los funcionarios estadounidenses es la capacidad de perturbar el comercio mundial, las cadenas de suministro y los acuerdos financieros, incluido el sistema SWIFT para pagos internacionales.

La confiscación por parte de EEUU y Europa de 300.000 millones de dólares de los depósitos monetarios de Rusia ha empañado la reputación de Occidente en cuanto a seguridad financiera, mientras que sus déficits crónicos de comercio y balanza de pagos amenazan con perturbar el sistema monetario internacional y el libre comercio que lo convirtió en el principal beneficiario del orden mundial de 1945-2025.

En consonancia con el principio de soberanía nacional y no injerencia en los asuntos internos de otros países que sustentó la creación de las Naciones Unidas (el principio básico del derecho internacional basado en la Paz de Westfalia de 1648), el Ministro de Asuntos Exteriores de Rusia, Lavrov, describió (en su discurso citado anteriormente) la necesidad de «establecer mecanismos de comercio exterior que Occidente no podrá controlar, como corredores de transporte, sistemas de pago alternativos y cadenas de suministro».

Como ejemplo, veamos cómo EEUU había paralizado la Organización Mundial del Comercio, que había creado sobre la base del libre comercio en un momento en que EEUU era la principal potencia exportadora del mundo.

Cuando los estadounidenses se dieron cuenta de que el sistema globalizado que habían creado -uno construido sobre la competencia leal, los derechos de propiedad inviolables, la presunción de inocencia y principios similares, y que les había permitido dominar durante décadas- también había comenzado a beneficiar a sus rivales, principalmente a China, tomaron medidas drásticas.

Cuando China comenzó a superarlos en su propio terreno y con sus propias reglas, Washington simplemente bloqueó el Órgano de Apelación de la OMC. Al despojarlo artificialmente de un quórum, dejaron inactivo este mecanismo clave de solución de controversias, y así permanece hasta el día de hoy.

EEUU ha logrado bloquear la oposición extranjera a sus políticas nacionalistas al tener poder de veto en las Naciones Unidas, el FMI y el Banco Mundial. Incluso sin tal poder, los diplomáticos estadounidenses han podido impedir que las organizaciones de las Naciones Unidas actúen independientemente de los deseos de EEUU, negándose a nombrar líderes o jueces que no sean leales a la política exterior de estadounidense. [5]

El mundo ya no es gobernado por el derecho internacional, sino por reglas unilaterales de EEUU sujetas a cambios abruptos según las vicisitudes del poder económico o militar estadounidense (o la pérdida del mismo). El presidente de Rusia, Vladimir Putin, describió este nuevo estado de cosas en 2022: «Los países occidentales han estado diciendo durante siglos que traen libertad y democracia a otras naciones», sin embargo, «el mundo unipolar es inherentemente antidemocrático y no libre; es falso e hipócrita de principio a fin». [6]

La autoimagen impuesta por EEUU supone que su posición mundial dominante es un reflejo de su democracia, mercado libre e igualdad de oportunidades permitiendo a su élite en el poder, en la opinión de los publicistas, adquirir su estatus por ser los más productivos de la economía a través de su gestión y asignación de ahorros y crédito.

La realidad es que EEUU se ha convertido en una oligarquía rentista, que es cada vez más hereditaria. Las fortunas de sus miembros se hacen principalmente adquiriendo activos generadores de renta (tierra, recursos naturales y monopolios) sobre los que obtienen ganancias de capital, mientras pagan la mayor parte de sus rentas como intereses a sus banqueros, quienes terminan apropiándose de gran parte de estas rentas convirtiéndose en la clase directiva principal de la nueva oligarquía.

Resumen

El verdadero conflicto sobre qué tipo de sistema económico y político tendrá la mayoría de los países del mundo apenas está cobrando impulso. Los países del Sur Global y otros han sido tan profundamente endeudados que se han visto obligados a vender su infraestructura pública para pagar sus costos de mantenimiento.

Recuperar el control de sus recursos naturales e infraestructuras básicas requiere un impuesto sobre la renta económica de la tierra, recursos naturales y monopolios, así como el derecho legal a recuperar los costos de limpieza ambiental causados por empresas

petroleras y mineras extranjeras, y deducir costos de limpieza financiera (es decir, amortizaciones y cancelaciones) de la carga de la deuda externa impuesta por los acreedores que no se han responsabilizado de garantizar que sus préstamos puedan pagarse en las condiciones existentes.

La retórica evangelista estadounidense describe la inminente fractura política y económica de la economía mundial como un Conflicto de Civilización entre democracias (países que apoyan la política estadounidense) y autocracias (naciones que actúan de forma independiente).

Sería más preciso describir esta fractura como una lucha de EEUU y sus aliados europeos contra la propia civilización, asumiendo que la civilización implica el derecho soberano de los países a promulgar sus propias leyes y sistemas fiscales en beneficio de sus poblaciones dentro de un sistema internacional que tenga un conjunto común de reglas y valores básicos.

Lo que los ideólogos occidentales llaman democracia y mercados libres ha resultado ser un imperialismo rentista-financiero agresivo. Y lo que ellos llaman autocracia son gobiernos lo suficientemente fuertes como para evitar la polarización económica entre una clase rentista súper rica y una población empobrecida en general, hecho que ahora está ocurriendo dentro de las oligarquías occidentales.

Notas

[1] Proporciono los detalles y la discusión en el Capítulo 7 de *The Destiny of Civilization* (ISLET, 2022).

[2] La compañía petrolera saudí Aramco, por ejemplo, no era una filial corporativa corporativamente distinta, sino una sucursal de Standard Oil of New York (ESSO). Esta sutileza legal significaba que sus ingresos y gastos se consolidaban en el balance general estadounidense de la empresa matriz. Eso le permitió recibir un crédito fiscal por la «subsidio de agotamiento» del petróleo, dejando a la empresa efectivamente libre de impuestos sobre la renta estadounidenses, aunque era petróleo saudí el que se estaba agotando.

[3] Observaciones y respuestas a preguntas del Ministro de Asuntos Exteriores Serguéi Lavrov en el 11º Foro Internacional de Lecturas de Primakov, Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia, Moscú, 24 de junio de 2025, https://mid.ru/en/press_service/video/view/2030626/.

[4] Marco Rubio, Testimonio del 25 de enero de 2025, https://www.foreign.senate.gov/imo/media/doc/6df93f4b-a83c-89ac-0fac-9b586715afd8/011525_Rubio_Testimony.pdf.

[5] La Agencia Internacional de Energía Atómica (OIEA), encargada de controlar la proliferación nuclear, es el caso notorio más reciente. Su líder Grossi proporcionó a la

inteligencia de EEUU e Israel los nombres de científicos iraníes que fueron asesinados y detalles de los sitios de refinación nuclear iraníes que fueron bombardeados.

El veto de EEUU ha impedido que casi toda la ONU condene los ataques israelíes contra la población palestina. Y cuando la Corte Penal Internacional (CPI) presentó cargos contra Benjamin Netanyahu por ser un criminal de guerra por librar el genocidio de Israel contra los palestinos, los funcionarios estadounidenses exigieron la destitución del juez.

[6] Vladimir Putin, discurso del 30 de septiembre de 2022 con motivo de la firma de los tratados sobre la adhesión de las repúblicas populares de Donetsk y Lugansk y las regiones de Zaporíyia y Jersón a Rusia, <http://en.kremlin.ru/events/president/news/69465>.

* *Profesor de Economía en la Universidad de Missouri, EEUU.*
observatoriocrisis.com

https://www.lahaine.org/mm_ss_mundo.php/michael-hudson-el-conflicto-entre